

Se destaca notoriamente la capacidad de delimitación de la tesis doctoral, al identificar los grandes aportes que ofrece (especialmente el *sens eschatologique*) y los límites que la misma no puede abordar; a saber, el estudio de los contenidos propios de la escatología congariana, los tratados teológicos específicos que desarrolló el autor, el recurso contrastivo de los presupuestos filosóficos, teológicos, bíblicos o magisteriales necesarios para redescubrir de la escatología, entre otros. Tales limitaciones de la tesis son horizontes de investigación que el autor reconoce —directa o indirectamente— como futuras indagaciones.

La tesis no incluye una breve bitácora biográfica del teólogo católico francés, que capte los procesos vitales que marcaron su decisión en desarrollar una teología con perspectiva escatológica, sobre todo considerando el contexto de la segunda mitad del siglo xx. Con todo, el trabajo doctoral de P. Arteaga es, sin duda, una fuente bibliográfica relevante para las investigaciones sobre el pensamiento del cardenal francés, que ofrece un modo de lectura sistemática de la misma desde el Espíritu Santo como don escatológico.

FRANCO ROJAS-CONTRERAS

Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Católica de Chile

fnrojas2@uc.cl

Sánchez Tapia, Manuel, dir. *El Espíritu Santo, vida de la Iglesia. xxv Jornadas Agustinianas*. Tomo 1. Madrid: Ed. Agustiniana, 2023, 348 pp. ISBN: 978-84-92645-83-1.

González Marcos, I. y R. Lazcano González. *xxv Aniversario Jornadas Agustinianas (1998-2023)*. Tomo 2. Madrid: Ed. Agustiniana, 2023, 303 pp. ISBN: 978-84-92645-84-8.

Dos tomos bien diferenciados conforman esta obra coral, testimonio de 25 años de estudios, jornadas y diversos eventos a cargo del Centro Teológico San Agustín (CTSA).

El primero recoge las ocho ponencias que conformaron propiamente las xxv Jornadas Agustinianas en Madrid (4-5 de marzo, 2023). El tema elegido fue “El Espíritu Santo, vida de la Iglesia”, reuniendo a expertos en pneumatología en distintos ámbitos, de los que se acompaña una semblanza al final de libro, junto a la Carta Encíclica *Dominum et Vivificantem*, de Juan Pablo II.

La primera ponencia de corte bíblico aborda el impulso evangelizador y expansivo del Espíritu Santo en los Hechos de los Apóstoles (David Álvarez), centrándose en la conversión de Cornelio y el discurso de Pedro para afrontar la controversia sobre aceptar o no a los gentiles; en el fondo, un primer testimonio de la fuerza del Espíritu para abrir la Iglesia más allá de ritos y tradiciones. Porque

«el Espíritu divino no es un poder que pueda ser domesticado en la iglesia ni a nivel personal, como vimos en Pedro, ni a nivel institucional, como aconteció en la Comunidad de Jerusalén» (p. 76).

Bert Daeleman ofrece una relectura pneumatológica del quehacer teológico aportando cuatro criterios de discernimiento: escatológico, eclesiológico, cristológico y soteriológico. La sensibilidad y conocimientos de Daeleman añaden cuatro obras de arte contemporáneas que le permiten confesar al Espíritu como «pintor del retrato de Dios», pues «más que pontificar verdades abstractas en un idioma incomprensible, hoy en día, más que nunca, dar testimonio de la verdad es tratar de establecer puentes con palabras comprensibles inspiradas por el Espíritu Santo» (p. 102).

No podía faltar un estudio agustiniano, esta vez de la mano de Jaime García, centrándose en el Espíritu Santo como alma de la Iglesia —Cuerpo de Cristo, «una de las múltiples formas que adopta Cristo para hacerse presente en medio de nosotros» (p. 113)—, que la vivifica y hace saludable por medio de la caridad. En palabras de Agustín, «si quieres saber si has recibido el Espíritu, interroga a tu corazón, no sea que poseas el sacramento, pero no se haya mostrado eficaz en ti. Interroga a tu corazón, y si en él hallarás el amor fraterno, quédate tranquilo. No puede haber amor sin el Espíritu de Dios» (*Ep. Io. tr. 6*, 10).

Eduardo Toraoño analiza los nuevos movimientos eclesiales como expresiones actuales de ese nuevo Pentecostés al servicio de la Iglesia y del mundo que había pedido Juan XXIII y que florecen tras el Vaticano II. El dinamismo siempre vivo del Espíritu sigue suscitando nuevos carismas, discernidos eclesialmente. «Esta realidad de la recepción del espíritu y de su transmisión por todo El Mundo es lo propio de la Iglesia de ayer hoy y siempre» (p. 145).

Myrna N. Torbay, desde la Universidad de la Mística de Ávila, inmersa en el carisma carmelitano, aborda la mística y la oración, inseparable de la acción y la experiencia espiritual. Una vez que define la mística como proceso transformante en la unión con el misterio, se centra en Edith Stein y su poema “Novena de Pentecostés”, que bien podría considerarse «un compendio de pneumatología» (p. 190) y una llamada para todo cristiano.

José Ramón Flecha aporta diversas fuentes para aproximarse a la vida y misión del sacerdote católico: el ritual, la patrística y el magisterio eclesial. Todo ello con la mirada puesta en el Espíritu Santo como guía y luz de los presbíteros, «para manifestar el Evangelio con su testimonio de vida» (p. 216).

Finalmente, la meditación del cardenal D. Carlos Osoro sobre el Espíritu Santo en la vida de la Iglesia es el broche elegido: «Invoquemos siempre al Espíritu Santo, Él es el autor de las obras de Dios [...] Hemos de ser valientes para dejar que los dones del Espíritu Santo nos moldeen» (p. 280).

En definitiva, estamos ante una buena prueba del paso del Espíritu por el CTSA en estos 25 años, tal como sintetiza Isaac González: más allá de una buena docencia y divulgación, se ha contribuido a renovar la teología y la cultura con sensibilidad, profundidad y belleza.

El segundo tomo, «un libro singular», como prolongan los editores, será de gran ayuda para quien quiera conocer el trabajo y la reflexión filosófica-teológica del Centro Teológico San Agustín (CTSA): su historia, las personas y órganos que lo conforman, el modo en que se han desarrollado cada una de las jornadas agustinianas y el valor que han aportado al saber científico. Además, cuenta con amplios anexos donde se detalla desde 1994 a 2003 el nombre de autoridades, profesores, alumnos y autores, incluyendo incluso las orlas y fotografías de los eventos más señalados. Una síntesis detallada de las temáticas abordadas, de las personas que lo han hecho posible y del camino recorrido.

Hacemos nuestras las palabras de D. Manuel Sánchez Tapia, director del CTSA, en la ponencia inaugural de las xxv Jornadas: «el Espíritu Santo es el aliento divino que abre horizontes de permanente esperanza [...] El Espíritu hace posible lo imposible» (p. 40, tomo 1). Sin duda, seguir profundizando en la vida del Espíritu, nos llenará de vida. Y mucho hay que agradecer en esta tarea al Centro Teológico San Agustín.

ROSA RUIZ ARAGONESES

Centro de Humanización de la Salud San Camilo
rosaruizarag@gmail.com

Larrú, Juan de Dios. *La promesa, forma del amor*. Madrid: Didaskalos, 2024, 184 pp. ISBN: 978-84-19431-32-5.

El doctor Juan de Dios Larrú Ramos, religioso de los Discípulos de los Corazones de Jesús y María, es catedrático de Moral Fundamental y Vida Cristiana en la Facultad de Teología de la Universidad Eclesiástica San Dámaso, de Madrid. Desde 2022 es, asimismo, director de la *Revista Española de Teología*.

Con el presente volumen, este preclaro sacerdote desea brindar su propia contribución a las preguntas que, cercano ya el término de su servicio petrino, formulara Benedicto xvi buscando afrontar la cuestión sobre la capacidad del hombre de comprometerse, o bien de su carencia de compromisos. Dijo entonces el recordado pontífice: «¿Puede el hombre comprometerse para toda la vida? ¿Corresponde esto a su naturaleza? ¿Acaso no contrasta con su libertad y las dimensiones de su autorrealización? El hombre, ¿llega a ser sí mismo permaneciendo autónomo y entrando en contacto con el otro solamente a través de relaciones que puede interrumpir en cualquier momento? Un vínculo para toda la vida ¿está en conflicto con la libertad? El compromiso, ¿merece también que se sufra por él? El rechazo de la vinculación humana, que se difunde cada vez más a causa de una errónea comprensión de la libertad y la autorrealización, y también por eludir el soportar pacientemente el sufrimiento, significa que el hombre permanece encerrado en sí mismo y, en última instancia, conserva el propio “yo” para sí mismo, no lo supera verdaderamente» (*Discurso a la Curia Romana con motivo de las felicitaciones de Navidad*, 21 de diciembre de 2012).